
Javier Maldonado Rosso

**HISTORIA TRANSCRIPCION
A PROPOSITO DEL LIBRO
«EL CONDADO DE
EL PUERTO DE SANTA MARIA»**

La recensión del libro inapropiadamente titulado «El condado del Puerto de Santa María», que hice en el número 3 de esta revista, ha suscitado la réplica de su autor en el número anterior a éste. Estuve por no responder a la misma dada la carencia de contenido científico de la defensa del Sr. González Moreno, que se limita a arroparse en su curriculum vitae, a manifestar «sorpresas» y a retarme a superar su obra. No voy a entrar en este terreno. Y de ahí que en principio no tuviese intención de volver sobre el tema. No obstante, tanto el libro como la réplica encierran una preocupante concepción de la historia, que me ha hecho escribir estas líneas.

No hablábamos en vano en el primer número de ésta revista cuando decíamos que estábamos abiertos al debate científico. Creemos que la crítica científica es un instrumento imprescindible para el avance del conocimiento. Pero su práctica no suele ser habitual ni en el terreno académico ni en el cultural, donde lo usual es mantener la actitud hipócrita de las felicitaciones mutuas en el encuentro personal y de los despellejos por la espalda. No comparto pues la opinión del Sr. González Moreno de que con críticas como la mía a su libro se deje mal al

autor y al jurado que decidió su publicación. Son la ciencia histórica y el público lector los que resultan desacreditada y perjudicado, respectivamente, con libros como el que nos ocupa; hechos por el método de la yuxtaposición de temas intrascendentes y superficialmente tratados.

En ciencias sociales, salvo honrosas excepciones, se practican poco la crítica y el debate. Así que no se recensionan libros y/o artículos sino para aplaudirlos, para «conseguir» algo del recesionado, para verse correspondido en esa ceremonia de intercambio de coronas de laureles que es la vida cultural y científica española, tal como la representara gráficamente Chumi-Chumez –creo recordar–, hace ya algunos años, en la revista Triunfo. En consecuencia con estas actitudes, las críticas suelen tomarse mal. Y a veces muy mal, como de sucedió a uno de mis mejores amigos que por osar criticar un trabajo le historia fue objeto de amenazas por parte de los hermanos del «ofendido». Afortunadamente para mí, sólo se me desafía en esta ocasión en el campo historiográfico. Hacemos votos para que se calme el Sr. González Moreno y se tome la crítica en la forma que la hacemos. No hay nada personal en ella. No trato de descalificar su producción. Sólo critico un libro que me parece totalmente desafortunado, tanto en el planteamiento como en su desarrollo.

Ofrece en su réplica el autor una serie de explicaciones, sobre distintos aspectos, que debió haber dado en el libro. Y pretende justificar su miscelánea histórica restándole importancia, pues lo que hizo fue una «cala en la documentación del segundo tercio del siglo XVII, como muestreo», con la finalidad, según nos confiesa, de «animar a futuros investigadores del tema». ¿De qué tema? De igual. Lo que interesa señalar es que las muestras se hacen según criterios históricos y métodos estadísticos, y no de forma caprichosa, como parece estar hecha la que refiere el Sr. González Moreno. Tomemos, por ejemplo, el epígrafe dedicado a obras en El Puerto entre 1638 y 1665. No sabemos si las obras que comenta son todas las que se efectuaron en tal periodo, aunque parece obvio que no debió ser así, ni si son sólo algunas. Y en este caso ¿por qué son esas y no otras las elegidas? ¿Por qué ha hecho el autor la cala en tal periodo y no en otro? ¿Cuales son las características de la

muestra? Nada se nos dice de ello. De poco servirá de todas formas, dado que el autor no trata de formular conclusiones al respecto.

Dejemos esto y ocupémonos de aquello a lo que da importancia el Sr. González Moreno: de las patentes inéditas que dice aportar a la historia de El Puerto, cumpliendo así «la misión del archivero». Consiste tal aportación en transcribir una treintena larga de patentes otorgadas por la casa ducal de Medinaceli entre 1637 y 1665. Lo que se hace sin más criterio ni objetivo aparente que rellenar páginas para obtener el grosor suficiente para un libro. Debe saber el autor que las funciones del archivero son recoger, conservar y organizar la documentación a su cargo, así como elaborar instrumentos de descripción documental que hagan posible el acceso a la misma para su consulta y estudio. Si además de ello el archivero se propone editar una colección de documentos deberá atenerse a los criterios que rigen para los repertorios documentales (justificación del interés científico de los fondos a publicar, criterios metodológicos empleados, publicación de secciones y series completas, inclusión de originales y transcripciones según conveniencia, etc.). Lo que no hace el Sr. González Moreno, que introduce las patentes en cuestión como apéndices documentales. ¿Apéndices de qué? ¿De la miscelánea histórica? ¿Desde cuando se ofrecen las que se consideran aportaciones de una obra en los apéndices de la misma, en vez de en su parte principal? La réplica del autor no hace sino añadir confusión a su libro.

Tenemos, pues, que en su obra, el autor hace en la parte histórica una muestra de temas y en la parte archivística un muestrario de patentes. Lógicamente ni una cosa ni la otra aportan nada. El libro no responde a ninguno de los géneros historiográficos ni archivísticos conocidos. Se trata de un producto peculiar que es «ni chicha ni limoná», que ni es historia ni archivística, que pretende ser las dos cosas a un tiempo y resulta algo incalificable e indigerible.

El positivismo, corriente imperante en nuestra historiografía hasta no hace muchos años, sostiene que la historia lo que debe hacer es describir los hechos del pasado tal cual ocurrieron, sin que deban hacerse interpretaciones de los mismos. En consecuencia, la historiografía

positivista no se preocupa por explicar el pasado, no indaga sobre las causas de los fenómenos, no formula hipótesis científicas ni se plantea la elaboración de tesis comprensivas de la dinámica histórica. Esta corriente y la idealista que le sucedió han ido cayendo en el descrédito, superadas por los avances científicos, a medida que se extendió la concepción de que la historia debía de tratar de conocer y comprender el pasado de la humanidad, como forma de satisfacer la necesidad de situarnos en el presente. En este sentido, el libro que nos ocupa es regresivo. En él la historia ni siquiera es descripción, sino sólo transcripción. Porque transcripciones de documentos o de fragmentos de ellos es lo que ocupan la mayoría de sus páginas.

Este producto bibliográfico es preocupante por cuanto se trata de un ejemplo de lo que Marc Bloch y Lucien Febvre referían como «formas insanas de pensar y hacer historia», de consecuencias negativas para lectores poco especializados. Máxime cuando la historia local se está configurando desde hace un tiempo como el cauce más utilizado por ciertos sectores sociales para acercarse a la historia general. Ello es así porque cada día son más las personas interesadas en conocer el pasado de su comunidad. En ese interés por avanzar en el conocimiento de sus señas de identidad, la gente se introduce en el conocimiento y la comprensión del proceso histórico seguido por la humanidad hasta el presente. De la historia local se pasa, se puede pasar a la historia general. La historia local está saliendo ahora de una etapa de descrédito en la que la sumieran el localismo de sus contenidos y la deficiente metodología de su tratamiento. En un momento de revalorización de la historia y de la historiografía locales, productos como el que nos ocupa no pueden beneficiarse siquiera del silencio de la ausencia de crítica. Compréndanlo quienes me han dicho que no merecía la pena gastar tinta en criticar tal obra. La historia local desempeña una función social importante, como instrumento educativo y cultural para amplios sectores de la población. Se impone la necesidad de cuidar el rigor científico de nuestros trabajos, porque con ellos estamos contribuyendo a la formación intelectual de quienes los leen, así como a la profundización del conocimiento histórico, que es una necesidad humana cada vez más importante en nuestras vidas y una satisfacción cada vez más apreciada por su utilidad, pues como señala Pierre Vilar

«en la medida en que el pasado humano es mal conocido, mal interpretado, los hombres, y los grupos de hombres, tienen una visión incorrecta de su presente y de su futuro. Y, como es natural, ésto tiene también un alcance práctico». De aquí que el libro en cuestión pueda ser muy contraproducente. Quizás ahora se comprenda mejor el porqué de una crítica que si a algunos les pareció cruda a otros les resultó excesivamente comedida.